



REMEDIOS RAROS EN MEDICINA: MOMIA (I).

Rojo Vega A

Cátedra de Historia de la Ciencia. Universidad de Valladolid. España.

Correspondencia:

Prof. Anastasio Rojo Vega
Cátedra de Historia de la Ciencia.
Facultad de Medicina
Avda Ramón y Cajal s/n
47005 Valladolid. España
rojo@med.uva.es

La momia fue un producto ampliamente empleado en la farmacología europea de entre los siglos XII y XVII, alcanzando su fama hasta tiempos recientes. Todavía en 1809, el rey de Persia, a la hora de elegir el mejor regalo posible para la reina de Inglaterra, envió a la monarca una cajita de la momia natural de su país.

En el siglo XVII, la momia perfecta, si hubiese habido posibilidad de obtenerla, habría sido la resultante de la descomposición del cuerpo de Jesucristo. Una especulación imposible puesta a la letra por el burgalés fray Esteban Villa: "*Dirame alguno si ninguna destas es la momia perfecta y verdadera sino la definida que se guarda debajo de los pórfidos y jaspes de los sepulcros de grandes señores que tuvieron costumbre de enterrarse así como lo hizo Nicodemus con Cristo señor nuestro, según la de los judios, llevando consigo las cien libras de mirra y acibar que dice el evangelista San Juan cap. 19*" (Villa 1643, 89-90).

Fray Esteban necesita explicarse a los profesionales de la medicina, porque el asunto de la momia, la definición de momia verdadera, no fue asunto fácil durante siglos. Hoy día, para cualquiera de nosotros, momia sería, indudablemente, el equivalente de carnemomia, es decir fragmentos de cuerpos de antiguos egipcios embalsamados; pero el origen de la palabra momia es persa y anterior a la conquista de Egipto por los árabes, que fueron los que introdujeron en medicina la carne humana. Los persas anteriores a la dominación árabe, denominaron momia a materiales de la familia del petróleo ya aconsejados y empleados – señaladamente el betún de Judea – por médicos clásicos como Galeno de Pérgamo y Dioscórides.

La historia de la momia puede dividirse en tres partes: la dedicada a la momia natural o judeo-pérsica, por extensión; la que tiene que ver con la momia artificial, egipcia; y finalmente la relativa a la momia artificial contrahecha.

1. LA MOMIA NATURAL JUDÁICA

La primera de todas las momias, que no se llamaba de semejante manera porque las medicinas persa y árabe aún no habían nacido, se denominó **bitumen**, betún de Judea y asfalto, declarándose ser una cierta espuma que nadaba sobre las aguas, blanda y modelable cuando estaba sobre ellas, pero que una vez desecada se convertía en un cuerpo más duro que la pez.

El benedictino fray Esteban Villa, administrador de la botica del monasterio de San Juan de Burgos, el mismo mencionado antes, explicaba el porqué de su apellido judaico: "*el bitumen de ludea, que por otro nombre se dice Asphalto, porque esto se coge de encima de las aguas del lago de Sodoma, llamado asphaltites [...] de la cual se cogia también mucha cantidad en los pozos de aquel valle silvestre, que dice la Escritura, Génesis, 14, habebat puteos multos bituminis*" (Villa 1643, 88).

Villa recoge una tradición de considerar el betún de Judea como la mejor de las momias – permítaseme emplear el término – asentada en la mente de los médicos desde Galeno. El de Pérgamo señala como óptimo lugar de producción el mar Muerto, "*Optimum vero bitumen in mari quod mortuum vocant provenit*" en el II del *De simplicium medicamentorum temperamentis ac facultatibus*; al que también denomina mar Surio, el de la sal amarga, "*que si uno se baña en él, al salir, encontrará su piel cubierta de sal menuda, como si le hubiesen salpimentado*". Aunque la califica de menstroo de los montes – *menstruum montium* – prefiere para ella el nombre que se hará clásico, el de bitumine, trasladado al *Ad Glauconem medenti methodo liber I* (Kühn XI, 126); *De antidotis* (Kühn XIV, 60); *De succedaneis* (Kühn XIX, 740); y *De simplicium medicamentorum temperamentis ac facultatibus II* (Kühn XI, 520; XII, 375), "*[De bitumine proveniente in mari mortuo] Optimum vero bitumen in mari quod mortuum vocant provenit. Esta autem id stagnum salsum in cava Syria [...]*".

Plinio, que lo describe como un lago de cien mil pasos de largo y veinticinco mil de ancho, cuyos vapores esterilizan la tierra más de dos leguas a su alrededor, hasta Jericó, que consigue escapar de su nefasta influencia gracias a la fuente Elisea; y Dioscórides, "*Bitumen ludaicum caeteris anteponitur [...]*",



Figura 1.-
Bitumen
de Judea



Figura 2.- Embajador persa.

se suman a las consideraciones galénicas, y con él todos los que escribieron sobre el tema posteriormente, desde Pérez, que explica que también era conocido por mar Sodomeo, al entenderse que bajo sus aguas estaban sepultadas las ciudades malditas de Sodoma y Gomorra (Pérez 1575, 318); hasta Auberi, quien sigue confirmando que el mejor bitumen es el obtenido del mar Muerto, cuando hacía lustros que había dejado de ser posible hallarlo en él (Auberi 1604, 122).

El origen de la primera y principal momia médica es, pues, meridiano: el mar Muerto. El pueblo que habitaba sus orillas, denominado por Plinio de los deximontanos, lo recolectaba de las citadas orillas, donde era depositado por las olas en forma de cieno, o lo separaba de la superficie de las aguas con plumas de ganso o lienzos que después escurrían sobre un recipiente. Había otro bitumen, el que aparecía en forma sólida entre las piedras, que extraían calentándolas, pero este dicho betún era de peor calidad.

¿Que era la momia/betún según la mente de nuestros antecesores? En realidad y en sus orígenes más un veneno que un remedio: "los habitantes del país se ven obligados a sacarlo a tierra no solamente porque obtienen con él una gran ganancia, sino también porque si lo dejan allí, si el mar o el lago se encuentran demasiado cargados de bitumen, de él se levanta un olor apestoso y maligno que se extiende por la comarca, alterando la salud y cortando las vidas". El mar Muerto recibía su nombre de la capacidad que tenía, por estos efluvios bituminosos, de matar incluso a los pájaros que le sobrevolaban. Jarava expresa esta realidad de manera palmaria: "El betún se cría y engendra en la tierra de los unctuosos y podridos humores" (Jarava 1546, 55v); unos humores, unos mismas, por así decirlo, que, llegados a la superficie se transformaban en materia sólida tras ser batidos y amasados por las olas y el viento (Pérez 1575, 318) y medicinal.

Un producto a veces blando y a veces duro – blando cuando se encontraba sobre las aguas, duro como la pez seca al ser sacado de ellas (Pérez 1575, 318) –, de color negro, olor grave (Vélez 1592, 463-4) y brillo purpúreo (Pérez 1575, 319).

Lo del brillo purpúreo fue algo que, dicho por Dioscórides, creó graves problemas en las sucesivas generaciones de boticarios. Nunca nadie pudo ver un betún judaico de color púrpura, pero tenía que haberlo, puesto que así lo había asegurado el sabio farmacólogo griego; al final prevaleció la explicación de Marco Patavino: Dioscórides, al hablar de purpúreo no había querido decir color púrpura, sino brillante como la púrpura: "*Sit itaque bitumen nigricans cum splendore*".

Su naturaleza era hermana del azufre y del fuego, quedaba demostrado por la facilidad con que ardía. El excelente era el que venimos presentando, el bitumen o betún de Judea, pero junto con él llegaron a emplearse los que Plinio denomina Limus, o propio de Judea; Terra, de las afueras de Sidón; y Liquidum, ya fuese blanco de Babilonia, o negro procedente de Apollonia.

Otro nombre equivalente, a lo largo del tiempo, de los betunes sólidos o semisólidos, fue el de asfalto, "*el bitumen de Judea, que por otro nombre se dice asphalto*" (Villa 1643, 88).

Entre los líquidos, se escribió sobre el Agrigentino, que sobrenadaba las aguas de una fuente siciliana, – la fuente Agregantina, según Huerta – que los habitantes de la zona utilizaban para las lámparas con las que se iluminaban, razón por la que también fue conocido como óleo siciliano (Pérez 1575, 319). Pérez toma el dato del mismísimo Dioscórides: "*Liquidum invenitur in Agragantino Siciliae, fontibus innatans [...]*". Según Huerta, no solamente servía para iluminar las casas, sino también para curar la sarna de los pollinos (Huerta 1629, 657).

Distinto, aunque también líquido, era el Pisasfalto o Apollonítico, mezcla natural de pez y bitumen propia de los campos de Apollonia, en el Épiro, según afirmación de Plinio que recoge Matiolo (1562, 105). Esta sería la auténtica momia para Avicena: *Mumia eadem praestat quae asphaltus pice commixtus, ergo piasphaltus est mumia*. Lo mismo pensaba D'Avitt: "*llamado por los árabes mumia, porque embalsamaban con él los cuerpos muertos, denominados asimismo mumia*". El uso del piasfalto en las momificaciones egipcias es un lugar común, recogiendo lo transmitido por Diodoro Sículo y Estrabón, sin embargo su empleo en prácticas mortuorias nunca ha sido probado. Herodoto, que viajó por Egipto, nunca lo cita. El embrollo, según el mismo D'Avitt, nacería de que para los grie-



Figura 3.-
Bitumen de
Agrigento.

gos clásicos todos los betunes eran a la vez piasfalto y asfalto, " todos los bitúmenes se encuentran agrupados bajo el nombre de asfalto" (D'Avitt 1644, 208), y hermanos del azabache, el ámbar gris, el ámbar amarillo, y el carbón piedra.

Líquidos asimismo eran el bitumen blanco, o momia blanca, procedente de Babilonia (Huerta 1629, 657), y el petróleo, el aceite de Medea – de la región de la antigua cultura meda–, o, en lenguaje médico, la nafta, término de la antigua lengua babilónica. Pausanias consideró que era el bitumen blanco el que mostraba mayor afinidad con el azufre, denominándolo azufre líquido. La diferencia principal, al margen del color, entre la momia blanca y el petróleo, era que la primera tenía olor agradable y el segundo nauseabundo.

Restan el bitumen rojo, el más estimado e impreciso; y el sumergible mencionado por Auberi: " especie de bitumen líquido que recuerda al cieno en su consistencia, muy negro y desagradable al olfato, que a diferencia de los restantes no flota sobre las aguas, sino que se hunde en ellas" (Auberi 1604, 122v).

Sobre esta base tipológica se desarrollan las clasificaciones farmacológicas y geológicas posteriores. Para Chesneau, entre los sólidos se encuentran el común betún judaico, " que es cierto licor negro, graso e inflamable, procedente de tierra que se encuentra en orilla del mar, lagos y fuentes, que se ha secado y endurecido con

el tiempo"; los ámbares amarillo, blanco y negro; y el ámbar gris, estimado fundamentalmente por su aroma. Entre los líquidos coloca la nafta de Babilonia, " que es el anterior filtrado y colado" por las rocas que tiene que atravesar para llegar a la superficie, y el petróleo; añadiendo un apartado que recibe las que llama piedras bituminosas: terra Ampelitis, o carbón de piedra; y lapis Gagates, o azabache.

Un error contiene la clasificación de Chesneau y es que el ámbar gris, pese a ser de color entre gris y negruzco e inflamable, no es producto de la tierra, como los anteriores, sino secreción intestinal de los cachalotes. El ámbar gris es el tan famoso empleado por los españoles del Siglo de Oro para adobar sus guantes, los famosos guantes de ámbar peninsulares.

Por su parte, Valentini agrupa los productos relacionados con la momia natural en dos capítulos: "Asfalto, petróleo et óleo terrae" y "Sucino, gagate et anthracibus".

Bituminis judaici y *asphaltum* figuran como la misma cosa, sustancia recogida en el mar Muerto y en Babilonia, pero también, como novedad, en México: " *Itan tamen resina etiam alibi, ut in India occidentali, & cum primis in Hispaniam novam, dicitur inveniri, teste Hernandezio in ejum Descriptione* pag. 336" (1716, 24).

A la misma familia pertenecen, según este farmacéutico, el *pissasphaltum*, la *maltha*, un tipo de piasfalto más blando; la



Figura 4.- Carbón bituminoso.



Figura 6.- Ámbar amarillo.



Figura 5.- Azabache.



Figura 7.- Ámbar gris.



Figura 8.-
Constantino el africano.

naphta, muy rara; el petroleum y el oleum terrae, identificable como cosa distinta del petróleo por su aroma, puesto que mientras el petróleo olía mal, el óleo de tierra resultaba agradable al olfato; la misma diferencia reseñada más arriba entre el petróleo y la momia blanca.

En lo que hace a su uso terapéutico, Plinio (23-79) dictamina que el bitumen líquido de Babilonia es especialmente bueno contra las cataratas y otros padecimientos de los ojos, así como contra problemas dermatológicos del tipo líquenes, lepra, prurito y gota. Dioscórides (40-90) lo recomienda como estíptico – medicamento que tenía la capacidad de restringir, apretar y secar – y resolutivo – medicamentos que disolvían los humores -, razones que hacían aconsejable su uso quirúrgico en abscesos purulentos, fracturas y heridas; y en medicina contra epilepsias y vértigos. Finalmente, Celso (II DC) recomienda esta primera momia/bitumen contra los dolores de origen nervioso – nervorum dolor, "Utriculi quoque; recté imponuntur aqua calida repleti, aut bitumen cum hordeacea farina mixtum [...]" (1566, 144) -, y como eliminadora de pus y de congestiones de cualquier parte del cuerpo.

Unas propiedades atribuidas al bitumen que alcanzan el siglo XVII: "se dice ser eficaz contra las cataratas, y nubes de los ojos; y también para las lepras, empeines [enfermedades con picazón en la zona inguinal] y comezón del cuerpo". En dicho siglo se hacían con él linimentos contra las lesiones de la gota en los pies y contra los dolores de muelas; y emplastos, con harina de cebada, para aliviar los dolores de espalda y articulaciones. Se bebía con vinagre, puesto que se creía así eficaz para disolver y expulsar la sangre cuajada; y quirúrgicamente se echaba mano de él para cortar hemorragias, cerrar llagas y favorecer la unión de los nervios cortados.

Una de las normas constantes en su uso era no administrarlo nunca solo, sino acompañado de otros fármacos o vehículos. Así Constantino el Africano recomienda mezclarlo con tierra sigilata, si se buscan efectos hemostáticos y estornutatorios – estornudar era muy conveniente en las enfermedades de la cabeza provocados por frío -; mientras Huerta resume su

modus señalando que, como tenía las mismas virtudes que el azufre - "restaña, resuelve, aprieta, y suelda" – su administración per os con hierbabuena y mirra era perfecta contra las fiebres cuartanas; y desatado en vino, con castóreo, y dado a oler a las mujeres, eliminaba en ellas las sofocaciones de la madre. Las mismas mujeres, si bebían la mezcla, podían estar seguras de provocar la menstruación que no llegaba.

Algunas preparaciones especiales fueron el bitumen calcinado, que Alonso Rodríguez de Tudela llama alquitrán cocido: "Toma un vaso de tierra largo y enlódalo con arcilla y pelos [ciérralo herméticamente], y pon en él hasta dos partes de alquitrán, y ponlo sobre las brasas y cuécelo hasta que quede la mitad del, y después hincará en él un palo agudo, o una aguja de hierro, y sácalo al aire, y si se desecare sepas que es cocido, y entonces quitálo del fuego y sácalo y usa dello" (Rodríguez de Tudela 1515, xxxvii); y la sal nahpticus, una fórmula desarrollada por primera vez en Babilonia (Vélez 1592, 463). Quemada, sus humos, proyectados sobre la parte conveniente, corregían el prolapso rectal.

El principal problema de la primera momia/bitumen fue su escasez. Una vez conocidos sus beneficiosos efectos, la demanda se mostró muy superior a la producción natural del lago Asphaltites y puede decirse que los deximontanos acabaron con ella.

¿Dejo por ello de haber betún de Judea en las farmacias? No, porque los boticarios tuvieron buena cuenta de fabricar sucedáneos, preparados que podríamos llamar de otro modo: falsificaciones.

Falsificación de la que avisan monocordemente cuantos escribieron farmacopeas hasta el siglo XIX. Por ejemplo Mathiolo, al ir a comentar la Naphtham de Dioscórides, avisa de la imposibilidad de hallarla, porque el verdadero betún judaico no llega a Italia, porque lo que los farmacéuticos venden en sus tiendas son burdos amasijos de pez, petróleo y sustancias indeterminables: "el verdadero bitumen no llega a Italia sino muy raramente, siendo el que usan los boticarios una composición contrahecha de pez, aceite de petróleo o aceite de piedra y otras cosas" (Matiolo 1562, 104).

Entre los autores españoles, con palabras semejantes se expresan Pérez: "Muchas veces acontece engañar a los hombres no considerados, o por mejor decir, poco ejercitados en la materia de los Simples, la afinidad de los nombres: como se ve en el Aspalatho, y Asphaltto" (Pérez 1575, 317-8); "Mucha parte de lo que nos traen, suele venir adulterado: escogeremos aquel que tiene un color limpisimo, muy negro, y así como la púrpura resplandeciente, el de grave olor, y el que fácilmente arde" (Pérez 1575, 320); Huerta: "La prueba del bitumen es que resplandezca mucho, y que sea poderoso y grave: pero moderadamente ligero es porque se adultera con pez" (Huerta 1629, 657); o Villa: "Siempre traen lo que primero hallan por momia carne, y por asfalto piasfalto, y la pez, y bitumen con petróleo, como lo denota su color tan negro, sin rastro alguno de esplendor de púrpura" (Villa 1632, 132).

2. LA MOMIA NATURAL PÉRSICA

El agotamiento de la primera y primitiva momia, del bitumen o betún de Judea de Galeno, Dioscórides y Celso, empujó a los médicos a buscar un sustituto, un sucedáneo, que encontraron en lo que hoy son los países petrolíferos árabes, y más concretamente en el extenso territorio que entonces recibía el nombre de Persia, que incorporaba países actuales como Afganistán.

La búsqueda no fue en absoluto descabellada. Los médicos clásicos griegos ya habían utilizado algunos bitúmenes de la



Figura 9.- Ilustración persa: anatomía.

zona, especialmente el procedente de Babilonia; lo que hizo la farmacología fue localizar nuevos puntos de producción o nuevas momias. La leyenda, además, defendía que el nuevo remedio había sido revelado a los hombres por el mismísimo profeta Daniel (Riza Qouly, pag. 61, nota 2); aunque, según Chardin, Daniel no habría hablado directamente a los persas, sino que estos habrían conocido la mencionada revelación profética gracias a incursiones efectuadas sobre otros pueblos, seguramente sobre los judíos.

La palabra momia surge en Persia y en ese momento, procedente de mum –cera– o más propiamente de múm-i-ayi, que significaría cera de Ayí, Ayí, o Ayín, aldea de la región de Shebángáreh junto a la que se encontró una caverna que acabó produciendo la mejor momia de todos los tiempos (Ouseley 1821, 118). Mum, múm-i-ayi, moumia, moumiay (Riza Qouly, pag. 61, nota 2), y munjaj (Reutter 1912, 692), en idioma pérsico significaba, como se ha dicho, cera, o elemento similar a la cera; una semejanza a la cera que llevó a que el término fuese primeramente prestado a la momia natural pérsica y posteriormente a los cuerpos embalsamados egipcios.

¿Cómo llegó el término momia a la Europa occidental? Por la vía de los árabes, los cuales, al conquistar tanto Persia como Egipto, redujeron a momia unas producciones de ambos terri-

torios que consideraron semejantes: “los árabes, al invadir Persia en el siglo VII, introdujeron en su medicina el uso de la momia que acababan de descubrir en las necrópolis y catacumbas egipcias, una vez conquistado aquel país”.

¿Qué era lo que caracterizaba a la nueva momia? Según Ph. Monet, la pérsica era una composición natural viscosa, mezcla de betún y pez, que destilaban ciertas montañas de Arabia y otros lugares cálidos, que se usaba como medicamento.

Surge así una historia fabulosa, mítica, de secretas y escondidas cavernas donde la Naturaleza destilaba naturalmente un elixir más valioso que el oro. Una sustancia producida en cantidades mínimas, por trasudación de algunas grietas rocosas de las montañas de Behbehan, Nasgoun, Tngui Togháb –la mejor momia pérsica de todas–, Darab –Dáráberd para Ouseley– y Djaroun” (Riza Qouly, pag. 61, nota 2).

Para Chardin, el mejor lugar de producción de momia pérsica era la desierta Caramania, en el país de Sar. Para el alemán E. Kaempfer, dicho lugar había que buscarlo en las montañas de la Momia, madres de “ese bálsamo precioso que gotea de una roca en la provincia de Doar, y que se recoge solamente una vez al año, con mucha pompa y ceremonia, para uso exclusivo del rey persa”. Sansón la pone en Stahabanon, en Momnaky-kony, donde se recolectaba “solamente para el sufi, que la conserva cuidadosamente” (Sansón 1648, 38); y Reutter la señala en Erradjan, junto a Derabdjerd, la Dáráberd de Ouseley.

Grutas maravillosas en las que la momia pérsica se recogía en medio de ceremonias no menos extraordinarias que ella. El mismo Reutter asegura que la mejor de las grutas permanecía herméticamente cerrada durante todo el año, abriéndose para la recolecta un único día del mes de Septiembre (1912, 693). Los persas se dirigían a ella en tan señalada fecha, con gran pompa, y solamente los grandes dignatarios encargados de la tarea podían penetrar en su interior, como si se tratase de una sancta sanctorum. Envueltos por la húmeda oscuridad tomaban la mum, que inmediatamente enviaban al rey, para “conservarle la vida y la salud”. Había otras grutas aparte de la regia que también la producían, pero de inferior calidad. Era esa la



Figura 10.- Ilustración persa.

empleada por los médicos persas con relativa largueza; la que llevaban en su mochila viajeros del país como el embajador Riza Qouly: "Estando de camino, el caballo de mi hijo Aly Qouly metió un pie en el agujero hecho por una rata y cayó. Mi hijo quedó aprisionado bajo su montura, sufriendo heridas y contusiones en los riñones, la cara y los pies. Cuando se recuperó del desvanecimiento, no era capaz de volver a subir a caballo. Hice venir al camello que llevaba una litera desocupada, le puse en ella y le hice tomar momia, de la que me había provisto antes de iniciar el viaje, por precaución [...]" (Riza Qouly, 61). Los persas y con ellos los árabes que los conquistaron, atribuyeron a esta momia una eficacia incomparable en la curación de heridas y quemaduras (Riza Qouly, pag. 61, nota 2); asegurando que, por muy molido, roto y destrozado que quedase un hombre, la administración de poco más de gramo y medio –media dragma– de su tesoro bastaba para dejarlo nuevo en veinticuatro horas.

Avicena (980-1037), que por algo era persa, es el gran introductor del producto en la medicina europea medieval, proponiéndolo contra abscesos, erupciones, fracturas, contusiones, parálisis, procesos de la garganta, pulmones y cabeza, debilidad de estómago, desórdenes del hígado y del bazo, y como antídoto contra los venenos. Eso sí, como en el caso del betún judaico, en el que parece inspirarse, nunca sola, sino mezclada con los mismos ingredientes que acompañaban a aquel, hierbas, vino, leche, mantequilla, aceite, etc.

De Avicena la recogieron el malagueño Ibn al Baitar, el hijo del veterinario (c 1190–1248), que la indica contra parálisis, enfriamientos, flatos, contusiones y luxaciones; y el cordobés Rasis (887–955) en el *Continens*, desde donde sus propiedades saltaron al cristiano *Hortus sanitatis* de Johannes de Cuba.

Pero con los árabes llegó también la confusión. Los persas tenían claro que la momia auténtica era la suya, aquella especie de cera sacada de las cuevas, por lo que deducimos hoy un compuesto del petróleo, pero para los árabes un fragmento de momia pérsica seca y otro de cuerpo embalsamado egipcio venían a ser prácticamente idénticos a la vista y al tacto, razón por la que debían tener las mismas propiedades, razón por la que podían ser nombradas lo mismo ¿Por qué los cuerpos muertos recibieron el nombre de momia? Porque los cuerpos embalsamados no habían recibidos hasta entonces nombre propio en medicina, eran una novedad que pedía una etiqueta para tomar sitio en los anaqueles de las boticas y los árabes le dieron la que les pareció más lógica por las circunstancias señaladas: el de momia. Desde ese instante los cuerpos de los faraones y de los egipcios embalsamados pasaron a ser denominados tal y como lo hacemos hoy: momias.

Comenzaba uno de los episodios más curiosos de las *Historias de la Medicina y de la Farmacia*: el empleo de la carne humana como medicamento.

3. ANDRÉS LAGUNA Y LA MOMIA NATURAL

Como recapitulación de lo anterior y como muestra de la opinión de los españoles acerca de la momia natural que podían encontrar en las boticas de nuestro Siglo de Oro, sirva el comentario que sobre ella hace el segoviano Andrés Laguna en su traducción de la *Materia médica* de Dioscórides (1555):

"El *asphalto* que nos muestran en las boticas por *betún* de Judea, no es el verdadero, ni corresponde a la descripción de Dioscórides. Nace el *perfectísimo asphalto* en Judea, en un cierto lago, dentro del cual entra el río Jordán, tres leguas de Jericó. No produce peces a questo lago, ni plantas, ni otros animales algunos: antes los que de otra parte se arrojan vivos en él, luego mueren: por cuanto es excesivamente salado, y

*amargo; de donde nace, que algunos le llamen mar Muerto. Empero llámase también Sodomeo, porque sucedió en aquel lugar, a do Sodoma y Gomorra se hundieron. Tiene más este lago, que ninguna cosa de las que se echen en él, se va al hondo, sino todos nadan encima: como por la mayor parte acontece en todas las aguas saladas: y esto por razón de la grande espesura del agua. Encima pues de este lago nada el betún, como grasa. El cual alanzado de las ondas, o del viento, a la orilla, entre las piedras se amasa, y con el ardiente calor del Sol, se perfecciona y se cuece. Dicese que el legítimo *asphalto* no se puede dividir de sí mismo, porque sigue siempre la mano, y se extiende en una inmensa correa: salvo si no le cortan con algún hilo infecto con sangre menstrua. Es caliente y seco el *asphalto* en el segundo grado.*

El piasphalto no es otra cosa, sino una mezcla de pez juntamente y betún: su etimología lo muestra. Porque pissa en griego significa la pez: así como el betún, asphaltos. Hállase el piasphalto de dos maneras: porque uno de ellos es natural, y sácase de debajo de tierra: otro se hace de pez y betún, artificiosamente. El mineral es aquel que viene de Velona: del cual también se hallan en Italia infinitas venas: y principalmente en el estado del señor Ascanio Colón [Ascanio Colonna (Nápoles, 1500-1557)] junto a Castro: de donde me hice traer un poco, que entre otras cosas exquisitísimas guardo [...].

*Esto pues quiere significar Avicena, cuando en el segundo libro de sus cánones dice, que la virtud misma que el *asphalto* mezclado con pez: lo cual cierto entiende del piasphalto. Confirma mi parecer Serapión, el cual en el 304 cap atribuye a la momia palabra por palabra, todas aquellas cosas que Dioscórides atribuyó al piasphalto, en esta maneta: La momia nace en el territorio de la Velona, y descende de ciertos montes, por los cuales pasan algunos ríos: cuyas ondas la arrojan a la ribera, adonde se cuaja, y se hace a manera de cera, dando de sí un olor hediondo de pez mezclada con el *asphalto*, etc [...].*

De la naphtha dice Posidonio que hay en Babilonia dos fuentes: una que la produce blanca: y otra de la cual sale la naphtha negra. La blanca quiere que sea el azufre líquido, porque atrae súbito hacia sí el fuego: la negra dice que es betún húmedo, y que podemos usar de él en lugar de aceite, para las lámparas.

Ni es ajeno pensar, que el alquitrán natural, sea una especie de naphtha negra. Nace en el territorio de Modana un cierto aceite llamado petróleo, porque resuda de ciertas piedras: el cual también atrae súbito a sí la llama, y se le parece mucho a la naphtha blanca: y aún podemos decir que es una especie de ella, útil en extremo para todas las enfermedades frías de nervios.

Dice Dioscórides en el capítulo de la naphtha, que todo género de betún reduce la madre a su propio lugar [antihistérica], o sea subida o bajada: en lo cual tiene muy gran razón. Porque como siempre la madre [útero] huya del mal olor, y todo betún sea hediondo, hácela retirar del lugar a do le aplicamos. De suerte que cuando ella se sube arriba, metido dentro de las narices, la hace luego bajar: y si por el contrario descende más de lo que conviene, y se sale afuera [prolapso uterino], perfumado por abajo [sahumerio], o metido dentro de la natura [alquitrán metido dentro de la vagina], la constriñe a subirse más que de paso [a la carrera]" .

BIBLIOGRAFÍA

- Auberi J. *Les bains de Bourbon*. s.l.: A. Perier, 1604.
- Celso. *De Re Medica libri octo*. Lyon: G. Rouille, 1566.
- Avicena. *Avicennae arabum medicorum principis...* Tomus Secundus. Venecia: Iuntas, 1608.
- Bartolomé Anglico. *Comiença un tractado delas piedras y metales*. 1497.

- ❖ Chesneau N. *La pharmacie theorique nouvellement recueillie de divers auteurs*. París: F. Leonard, 1660.
- ❖ Coulon H. *Curiosités de l'histoire des remèdes*. Cambrai: Régnier frs, 1892.
- ❖ D'Avitt P. *Le monde ou la description generale de ses quatre parties*. 2ª ed. París: C. Sonius & D. Bechet, 1643.
- ❖ Fresquet Ferrer JL. "El uso de productos del reino mineral en la terapéutica del siglo XVI. El libro de los Medicamentos simples de Juan Frago (1581) y el Antidotario de Juan Calvo (1580)". *Asclepio*, LI (1999) 55-92.
- ❖ Herbeste M. *Une ambassade persane sous Louis XIV*. París: Perrin et cie, 1907.
- ❖ Huerta J. *Historia natural de Cayo Plinio Segundo*. I, Madrid: L. Sánchez, 1624; II, Madrid: J. González, 1629.
- ❖ Kaempfer E. *Relación de su viaje en Histoire générales des voyages*. T. X. París: Didot, 1752.
- ❖ Frago J. *Catalogus simplicium medicamentorum*. Alcalá: P. Robles y J. Villanueva, 1566.
- ❖ Jarava J. *La philosophia natural*. Amberes: M. Nucio, 1546.
- ❖ Laguna A. *Pedacio Dioscoridis Anazarbeo...* Amberes: I. Latio, 1555.
- ❖ Lonicero J. *Pedanii Dioscoridis Anazarbei...* Francfort: C. Egenolphum, 1543.
- ❖ Mathiolo PA. *Commentarii denuo aucti in libros sex Pedacii Dioscoridis...* Lyon: G. Coterium, 1562.
- ❖ Monet Ph. *Invantaire des deus langues*. Lyon: vda Cl. Rigau & Ph. Borde, 1635.
- ❖ Ouseley W. *Travels in various Countries of the East; more particularly Persia*. II. Londres: Rodwell & Martin, 1821.
- ❖ Rojo Vega A. *El Siglo de Oro. Inventario de una época*. Salamanca: JCyL, 1996.
- ❖ Sanson N. *L'Asie en plusieurs cartes...* 2ª ed. París, 1648.
- ❖ Pérez L. *Libro de la theriaca*. Toledo: J. Ayala, 1575.
- ❖ Reutter L. *De l'embaumement avant et après Jesus-Christ*. París: Neuchater & Attinger fr, 1912.
- ❖ - "De la Momie ou Mumia", *Bull. Soc. Hist. Pharm*, XIX (1912) 688-695 y 727-732.
- ❖ - "De l'embaumement chez les anciens", *Bull. Soc. Hist. Pharm*, XIX (1918) 353-355.
- ❖ Riza Qouly Khan. *Relation de l'ambassade au Kharezem*, trad. Ch. Schefer. París: E. Leroux, 1879.
- ❖ Rodriguez de Tudela A. *Servidor de albuchasis*. Valladolid, 1515.
- ❖ Ruel J. *Pedacii Dioscoridis Anazarbei de medicinali materia*. París: H. Stephani, 1516.
- ❖ Sepúlveda F. *Manipulus medicinarum*. Salamanca, 1523.
- ❖ Valentini CB. *Historia simplicium reformata*. Francfort: Zunneriana, 1716.
- ❖ Vélez de Arciniega F. *De simplicium medicamentorum*. Toledo: P. Rodríguez, 1592.
- ❖ Villa E. *Examen de boticarios*. Burgos: P. Huidobro, 1632. *Libro de simples incognitos en la medicina*. Burgos: P. Gómez Valdivielso, 1643.